

Aunque gran parte de la obra de Darío Villalba se basa en retratos de personas reales, éstas son habitualmente anónimas, seres cuyo desamparo viene marcado en primera instancia por su condición desconocida o marginal. Por ello esta obra puede calificarse de excepcional: un retrato identificado, dedicado precisamente a un personaje muy conocido y popular. Se trata de una fotografía, en primer plano frontal, de la célebre cantante Lola Flores todavía joven, a quien el artista conoció y admiró profundamente. Su imagen llena la superficie del lienzo, apareciendo como icono sagrado impreso al modo de las *Faces* o *Verónicas* del autor.

Como en ocasiones anteriores, el cuadro se inicia con el proceso fotográfico de trasladar la imagen fotográfica previa a un soporte emulsionado (*photolinen*) que, posteriormente, sufre un tratamiento de barniz, agua y óleo. Como estos elementos se repelen al entrar en contacto, se crean unas texturas semejantes a la piel quemada, dejando al descubierto el interior. Apresados en la materia, pueden percibirse diminutos restos de hojas y otros accidentes que revelan un proceso de trabajo en el exterior del taller. El color predominante, amarillo cadmio, convive con zonas de amarillo Nápoles. Ello proporciona a la obra una singular, por poco habitual en el artista, luminosidad, una tonalidad más vital y clara, casi sublime.

Aparte de su confesada admiración por ella, pocas razones concretas cabe especular sobre el sentido de la elección de la cantante como protagonista del cuadro, una figura emblemática que se debatió entre su fama de folklórica oficial y su palpable carácter de transgresora de las convenciones de su época. Darío Villalba ha dejado claro que no pertenece a la estirpe de creadores cuya obra permita explicaciones fáciles: “Pienso que el cuadro debe ser autosuficiente y la entraña misma de la pintura o hecho plástico debe revelarse diáfano, sin apoyaturas conceptuales.”(1) Pero lo que es evidente es que nunca hace un uso nostálgico de las imágenes: las utiliza como vehículo de pulsiones anímicas personales, por más que éstas resulten, ocasionalmente, confusas. Y en este caso la poderosa vitalidad que siempre desplegó Lola Flores, como símbolo de primitiva autenticidad, y la innegable fuerza del arte que, de modo arrollador, dejaba patente en los escenarios, es la justificación más convincente de este homenaje respecto al que nuestro autor insiste en la ausencia de cualquier connotación social, política o ideológica.(2) Por otro lado, Villalba siempre trasciende una imagen, por banal que sea: seguramente en este cálido rostro, expresivo icono de la Faraona, desea traslucir, quizá inconscientemente, la carga dramática de su torrente de potencialidades, frustradas quizá por una imagen excesivamente sesgada en un folklore populista y que contenían en sí una fuerza que aquí se manifiesta con plenitud.

Este *Retrato de Lola Flores* no es el único que Villalba le dedicará a la artista. En esa misma fecha (enero de 1995) realiza otro de idéntico título, ambos, como ha insistido el autor, antes de su muerte, acaecida en mayo de ese año. Ya en 1996 pinta otros dos lienzos, uno captando su rostro de perfil, ya más envejecido (*Lola Flores I*), y otro reiterando el detalle de uno de sus ojos (*Lola Flores II*).

La obra que nos ocupa, en la que se ha empleado una fotografía antigua de la protagonista, adquiere un sentido adicional, sobre todo si se piensa en la circunstancia de su muerte casi inmediata, respecto a una idea subyacente en la obra de Darío Villalba: la insoportable certidumbre del paso inexorable del tiempo. La fotografía, y también la pintura, serán así una suerte de conjuro para detener ese movimiento imparabile, rescatando para la eternidad un momento de esplendor vital. El arte se convierte así en el piadoso ayudante del desamparo humano “en su intrínseca capacidad de hacer todo lo contrario: parar el tiempo para, a la postre, incrustarse en él”.(3)

## NOTAS

<sup>1</sup> En *Darío Villalba: Superficie interior / Inward surface 2001* [cat. exp.], Burgos, Caja de Burgos, 2001, p. 20.

<sup>2</sup> Conversación telefónica mantenida con el artista, 29 diciembre 2001.

<sup>3</sup> Darío Villalba, en *Darío Villalba: Acronología del deseo*, Madrid, Galería Salvador Díaz, 1997, p. 27; posteriormente en *Darío Villalba: Todo muro es una puerta* [cat. exp.], Palma de Mallorca, Fundació Pilar i Joan Miró, 1998, p. 133.

José Martín Martínez, *La donación Martínez Guerricabeitia. Catálogo razonado*, Fundación General de la Universitat de València, 2002, pp. 378-380.